

EL DESARROLLO SOCIOECONOMICO Y SU EQUILIBRIO

Lagunilla Inárritu, Alfredo, *Desarrollo y equilibrio en la Economía actual*. Madrid, Editorial Aguilar, 1958. XV + 312 pp.

PARA ser un economista cabal hacen falta muchos ingredientes, y el arte exquisito de combinarlos con armonía. Necesita el economista ojos, manos y pies, esto es, experiencia física: haber seguido año tras año, sin prisa pero sin pausa, el curso natural y las sorpresas incesantes de los sucesos mundiales, durante el medio siglo que a muchos nos ha tocado vivir, tan pródigo en exaltaciones y fracasos para individuos, instituciones y países; haber aprendido y perfeccionado, día tras día, las reglas de esa cocina alquimista de la empresa, de la Banca y del Estado, más el permanente contacto con los *chefs* de una y otras, y el manejo de los escalones burocráticos de todas las jerarquías; haberse desprendido del cascarón nacional —por resonante que éste sea— y asomarse con profundidad pero sin prejuicios a los grandes y pequeños países del mundo, para aprender cuánto poseen de común y cuánto tienen de diverso, pues también con los pies se aprende, y no sólo con la cabeza, en las peregrinaciones geográficas.

Más de poco serviría acumular, con paciencia de urraca, harapos de realidad, si el economista no tuviese el talento de componer con ellos, gracias a ese poder de libre selección y sano juicio que son tan esenciales a nuestro gremio, una cosmovisión que nos sirva a cada uno de nosotros mismos, para caminar con paso bien firme y alivie en los demás muchos de nuestros propios tropiezos y vacilaciones. Por eso, para serlo entero, el economista de nuestro tiempo no debe ser tan sólo investigador, “inquisidor”, veedor y oidor del mundo entero, sino escritor y maestro: lo primero, para hacer partícipe de sus hallazgos a un desconocido y lejano auditorio; lo segundo, para iluminar su magisterio que —siempre debe tener seriedad y altura— con la delicia de participar en una constante labor de equipo: por lo pronto, dando cuanto se tiene —que nunca es mucho— a todos y cada uno de los alumnos; pero a la vez, compensando con creces lo poco que se da, con lo mucho que se recibe, en sugestión y provocación, en afán de estructura, en precisión de lenguaje, en formación incesante de la propia personalidad.

Finalmente ha de ser el economista un trabajador infatigable, y no sólo por la copia de horas gastadas en dar vueltas y más vueltas a la noria de la rutina, sino por su insaciable empeño en ir conociendo y dominando su especialidad propia y todos los campos contiguos, ninguno de los cuales es accesorio. Trabajador, el economista, además, en los empeños menudos, que le acercan al obrero no calificado, quien, de su jornada levanta al término en su mano sudorosa, la perla de esa célula primaria de valor —trabajo a la cual todas las demás se refieren. El economista —y la regla es válida para cualquier ciencia o artesanía— no solamente debe *saber*, sino *saber hacer* todo cuanto se propone enseñar a sus discípulos. “La mejor manera de aprender a trabajar en investigación —decía recientemente el maestro José Gaos— es investigar con alguien que sepa investigar”.

Afortunadamente cuenta ya México con unas decenas de economistas que cumplen con ese “gran mínimo” de requisitos. Uno de ellos es Alfredo Lagunilla, autor de la obra que comentamos.

Para alcanzar ese nivel hace falta una “materia prima” y muchos “valores agregados”, siguiendo una serie de pasos productivos que nunca acaba. En un *Gymnasium* de Bélgica adquirió Lagunilla su rigurosa formación humanística y, al comenzar la primera gran guerra, hubo de volver a España, en una de cuyas Escuelas Superiores de Comercio adquirió su formación administrativa. Volvió a Bélgica para seguir cursos de economía. Junto a su padre, un experto minero, vivió el auge y la ruina de un gran producto de exportación: el plomo, con cuyos filones de Cartagena, Linares, La Carolina y Peñarroya, España poseyó —hasta la primera guerra mundial— la categoría de primer productor de Europa y uno de los mayores del mundo.

Por la poterna de sus conocimientos económicos accedió Lagunilla a los problemas de la Banca Central, y más concretamente al sector que, desde entonces, nutriría su trabajo práctico y teórico: la esencia del *dinero*. Su personalidad económica se destacó de tal suerte que durante los breves años de la segunda República española desempeñó Lagunilla puestos de alta y merecida confianza, al frente de la Sucursal del Banco de España en Almería y en la Subdirección general del Banco Exterior de España, de su filial francesa la “Banque Extérieure de l'Espagne” y, en ocasión de numerosas y delicadas misiones en Francia e Inglaterra.

En los primeros meses de la diáspora española, Lagunilla recaló en la República Dominicana, donde contribuyó con sus informes a las tareas técnicas de la Secretaría del Tesoro y Comercio y en trabajos bancarios de índole oficial. Pronto le trajo a México su buena estrella, y por más de tres lustros ha trabajado con la máxima dedicación y prestigio en la Mexicana de Crédito Industrial, en el Banco Nacional de Comercio Exterior, en la Escuela Nacional de Economía, en el Instituto Politécnico y en el Banco Nacional de México. Escribió en 1949 su admirable ensayo sobre *Teoría monetaria anticíclica*; colaboró asiduamente en *El Trimestre Económico* y en el *Boletín del Banco Central de Venezuela*, y desde hace cuatro años prepara y publica, en el Departamento de Valores del Banco Nacional de México, el *Prontuario de Análisis de Empresas y Valores*, espejo del progreso empresarial mexicano y pieza indispensable de información y estudio para todos cuantos, en Hispanoamérica y en el ancho mundo, tienen intereses crematísticos o científicos con nuestro país, y con sus mercados de capitales.



Saludamos ahora su primera obra de gran empeño, el *Desarrollo y Equilibrio en la Economía Actual*. Nada más y nada menos que el tema crucial de nuestro tiempo: el “desarrollo económico”, no como monopolio de unos pocos países, alguno de ellos con tradición más que centenaria, sino con un sentido de justicia social, válido para todos los pueblos del mundo, para todas las épocas, presentes y futuras; con un enfoque en el cual se dé el valor correcto a los bienes reales y a los servicios útiles, esto es: al trabajo que los produce —y se sitúe al *dinero* en la importantísima función que le corresponde, sin las limitaciones del patrón oro ni las desviaciones de sus ulteriores sustitutos.

Sobre esas dos esenciales ruedas tiene que apoyarse, sin excusa, el avance socioeconómico: sólo una de ellas, la de los bienes, mantiene, hoy como antes y después, su inmovible fortaleza: la otra, la del dinero, es y será siempre el factor lubricante del sistema; fluído unas veces, claudicante otras (o como dice Lagunilla con acertada frase, respecto a ciertas formas desviadas: "el linfático dinero postclásico", tan lejano ya de la "impregnación crisohedonista" clásica).

Desde la Revolución industrial los puestos pioneros del desarrollo trataron de coordinar y sincronizar esas dos piezas del tren de locomoción que el progreso necesita. La diferente naturaleza de ambos elementos mecánicos obligó a pensadores y gobernantes a discurrir arbitrios y a proponer ajustes y aproximaciones. Forzosamente uno de ellos asumía el liderazgo, y el otro tenía que amoldarse a sus designios. Pero ambos se movieron siempre en el ámbito de un *sistema*, de una estructura *socioeconómica*, y era inexcusable que al cambiar, con los tiempos, esa infraestructura, fueran surgiendo, en la teoría y en la política económica, constelaciones nuevas, dentro de las cuales cambiaban también, en relativa jerarquía, los dos factores esenciales del desarrollo.

Para comprender —nunca bien del todo— el presente, necesitamos buscar en la Historia las raíces de nuestra situación actual. Acertadamente procedió Lagunilla, por consiguiente, al dedicar el libro primero de su obra a historiar cómo, desde el último cuarto del siglo XVIII hasta nuestros días, se han sucedido —y a veces superpuesto— cinco modelos sistemáticos de desarrollo económico, dos de los cuales, el I y el II, poseen características bien precisas, y los otros tres, sobre un tronco común, proyectan ramificaciones específicas.

Coincide el primero en sus fundamentales lineamientos con los postulados de "la Escuela", es decir de la escuela clásica de Smith, Say, Malthus y Ricardo. He aquí algunos de sus fundamentales postulados: crítica del mercantilismo, libertad económica, concurrencia libre en el mercado, donde se fijan las tasas de salario y de interés sin más intervención del Estado sino la meramente policial.

Los teóricos creen en la vigencia de las leyes fisiconaturales sobre el campo de la Economía. Conocidas esas normas, la función del Estado no es otro sino la de asegurar su libre juego: "Controló la Naturaleza, porque guió sus fuerzas, teniendo presente sus leyes", como dijo con acierto, del sentir de la Escuela, el gran economista Alfred Marshall.

Cada individuo, guiado por su afán de lucro, velará mejor que nadie por su propio bienestar, y la comunidad obtendrá el suyo por la suma de los de sus miembros. El automatismo del sistema asegurará el equilibrio permanente de los factores: cualquier perturbación será forzosamente transitoria, pero, en tal caso, una "mano oculta" —el equivalente racionalista de la Providencia Divina— velará por la restitución absoluta del equilibrio inicial.

La "Escuela" reflejaba la visión optimista de una sociedad nacional, la británica, aventajada a las continentales de Europa, por el más alto nivel de sus instituciones políticas y económicas, y por la posesión de un vasto Imperio colonial servido y defendido por su Marina. Esa estructura era fija, e inmutable, a juicio de los clásicos; su crecimiento ulterior e indefinido les parecía garantizado. Consideraba la "Escuela" que, con su sistema y su política, la Economía había llegado definitivamente a su "estación terminal", como ha dicho el Profesor Paul A. Baran. A mediados de siglo, Carlos Marx afirmaba ya que a lo sumo esa doctrina, importante por cierto, no era sino una "biblia del capitalismo", de una gran etapa histórica que el porvenir sustituiría por otra más universal sin duda.

Por grande que pareciera a los ingleses de aquella época, la gran Bretaña no resultaba ser sino una potente aglomeración metropolitana, un centro cíclico, rodeado de una periferia inmensa de bajo o nulo desarrollo. Lo esencial en ese centro era el predominio de las unidades empresarias, y, muy especialmente entre ellas, las del estamento mercantil, numéricamente minúsculo, pero en posesión de una gran concentración de ingreso. El dinero y, sobre todo, la emisión monetaria —como reacción al mercantilismo— no estaban en poder del Estado sino en manos de los grandes mercaderes.

Pese a las afirmaciones de estabilidad perfecta del sistema, no se veía el futuro lejano, el largo plazo, sino el devenir inmediato, al alcance de la vista para los productores de entonces. Hawtrey ha postulado que "toda la producción reposa sobre un sistema de anticipaciones de pago" y que "todo el mal deriva de la inestabilidad del crédito". Lo que en realidad trataban de mitigar aquellos hombres de la era clásica eran los ciclos cortos y las fluctuaciones medianas, relativamente dóciles al automatismo y a la mínima intervención del Estado. Carecían, en cambio, de visión para las grandes oscilaciones estructurales (ondas Kondratieff), y son precisamente éstas las pertenecientes a la biología "real", mientras que las cortas son de carácter monetario y transitorias por tanto.

En el modelo "semiclásico" (II) se opera la gran transición, desde que el Estado recupera y asume la máxima jerarquía monetaria; el dinero vuelve de nuevo al ente gubernamental. Y la empresa también se transforma: de ser una institución unipersonal o unifamiliar, se convierte en promoción colectiva: la financiación se logra no ya sobre la base de una gran fortuna individual, sino mediante las pequeñas y numerosísimas aportaciones de miles —y hoy centenares de miles— de accionistas. En la transición, los titulares de esos valores siguen manteniendo jurídica y nominalmente la propiedad de la empresa por ellos financiada, pero su contenido de poder pasa a manos de las gerencias, y promueve y robustece la creación de *holdings* que asumen grandes proporciones, alimentan las formas monopolísticas y acceden al poder político.

Por extraña paradoja, el mundo queda totalmente descubierto, en el orden geográfico, pero varias naciones se adelantan, como copartícipes de la metrópoli inglesa, a la hora del gran reparto. Algunos de esos países, nuevos entonces, económicamente maduros ahora, llegan tarde al banquete y reclaman su puesto: primero con el comercio, después con las armas o con nuevos idearios políticos (primera guerra mundial). En el modelo clásico, el ahorro en el centro cíclico era superabundante, y sus excedentes —después de alimentada la producción de consumo doméstico y de bienes y servicios exportables— se volcaba hacia los numerosos países nuevos en busca de materias primas, de ganancias y de control político sobre las comunicaciones internacionales. Ahora —la hora de los primeros decenios del presente siglo— se forman y crecen los ahorros de diversas naciones, adelantadas ya en la senda del progreso económico, y buscan acomodo en los países nuevos, huyendo de los lugares donde esos ahorros se generaron, y donde su colocación doméstica presionaría a la baja sobre las tasas de interés del capital.

Pero he aquí que en escena aparecen —o se revelan con toda su importancia— elementos que harán estallar por inservibles los moldes de contenido clásico (modelos III y IV). La población y la técnica registran tasas de incremento impresionantes: donde antes se hablaba —como Adam Smith— de la división del tra-

bajo en un ámbito artesano, ahora trasciende ese instrumento de desarrollo a la estructura interna de las grandes empresas industriales, y se pretende extenderlo a vastos perímetros de la vida internacional, en el que florecen temporalmente las grandes actividades de comercio.

Pero —y aquí surge la gran crisis: los países ya desarrollados, acometivos, vigorosos, penetran en los nuevos territorios periféricos que, a pesar de hallarse sumariamente organizados en Estados de Derecho, no pueden ofrecer sino unidades tribales y economías de contextura feudal: situaciones, éstas, que se hallaban ya liquidadas en los países progresivos. Por si eso fuera poco, dentro del área jurisdiccional de aquellos pueblos, aletargados en niveles institucionales primitivos, existen “zonas oscuras”, con poblaciones cifradas a veces en millones, cuyos habitantes viven virtualmente al margen de la economía monetaria. En últimas fechas la “voluntad de progreso”, esa lumbre de afán sin cuyo ardor no puede haber desarrollo socioeconómico, prende en continentes enteros, y resulta indudable que ya no bastarán las recetas clásicas o semiclásicas, para uno o pocos pueblos: por doquier la humanidad despierta y reclama visiones más amplias, formas políticas más modernas, respeto al derecho nacional, inclusive de los países más modestos. No es ya la precaria vida cotidiana lo que interesa conservar actualmente: los ojos se vuelven a la tierra propia, apenas rozada, aunque expoliada ya, por los países colonizadores. A toda prisa se localizan y valoran en provecho de cada comunidad nacional los recursos naturales; a diferencia de los clásicos, estos viejos y nuevos países de la periferia actual piensan en sus “planes a largo plazo”: demandan recursos a quienes los tienen; no vacilan en recurrir al uso de instrumentos heterodoxos por demás, en el cuadro de la política económica, y, conscientes —en un abrir y cerrar de ojos— de sus posibilidades potenciales, desean, con fundamento o sin él, quemar etapas y poseer, también ellos, “su” desarrollo socioeconómico.

La unidad-empresa se ha desintegrado, como exclusivo aparato regulador de las necesidades e inquietudes de los pueblos. Tampoco se avienen los países a traducir, sin más, para uso propio, “recetas de cocina” (*blue prints*) que en su día fueron muy útiles para las naciones de alto desarrollo. Queremos desarrollarnos todos, y hacerlo con el mismo iusto, pero mejor entendido derecho con que los grandes países luchan por su particular supervivencia. También nosotros queremos sobrevivir, como ellos: mejor que ellos, acaso, pues los países modestos no fundan su supervivencia sobre el perecimiento de sus antagonistas.

Todas esas inquietudes se sienten con premura, pues cada año que pasa agranda sin compasión el abismo abierto entre la pobreza de nuestros pueblos incipientes, y la riqueza —creciente a rápida tasa— de los países más aventajados en el desarrollo. De rechazo, más pujanza, más poderío político en éstos: más desvalimiento en aquéllos. En los países céntricos crece la riqueza real, no sólo en el agregado de la Comunidad sino en el patrimonio de la inmensa mayoría de sus ciudadanos; en los de crecimiento incipiente, la concentración del ingreso se acentúa, mientras las masas ven anulados por la inflación el alza nominal de sus remuneraciones individuales. Todavía más: ciertas investigaciones en reciente fecha, realizadas por algunos países respecto a la política de redistribución del ingreso, vienen a demostrar que los fondos con los cuales se pretende compensar la debilidad del poder de compra de la mayoría de la población, proceden, en gran parte... de los propios subsidiados, y no de las categorías de elevados ingresos.

Un hecho alentador se ha producido últimamente, sin embargo: hablar de estos temas, reclamar contra las formas inadmisibles de la llamada asistencia técnica, bilateral, más ventajosa para la defensa de los donantes que para el progreso de los donatarios, era considerado hasta hace bien poco como una actividad subversiva, sin darse cuenta de que por igual la practican los dos bloques en los cuales el mundo actual se halla partido. Hoy, ese clamor ya no es una aberración de extremistas: se escucha con atención y respeto en los cónclaves de los gobernantes, en las reuniones internacionales, en las cátedras de alto prestigio universitario de todos los países, en las asesorías de los conductores del mundo (modelos III y IV).

Los modelos intermedios en el cuadro global de Lagunilla, han registrado el divorcio del valor *bienes reales* y el valor *dinero*, con beneficio de este último y deterioro de aquél. Y ello con manifestaciones que justifican el asombro: desarrollo económico con presupuestos en déficit, imperio del papel moneda (dinero-papel); infravaluación de los productos agrícolas y supervaluación de los industriales, a pesar de las promesas traídas por los grandes inventos de la técnica; producción en gran escala de artículos o servicios novedosos, para los cuales si no hay un mercado, se le crea; adelgazamiento de la *ratio* mercancía/moneda; tremendos *stocks* de excedentes de producción, frente a ingentes demandas universales insatisfechas; ociosidad de las reservas de oro; desbocamiento del dinero fugitivo y tremendas fluctuaciones en las Bolsas de Valores, donde las disponibilidades —si enriquecen a unos ciudadanos y envilecen a otros, y todo queda dentro del país— perturban con ese juego la estabilidad de las empresas y sustraen ingentes masas de ahorro al ejercicio de su auténtica misión inversora.

El V modelo nos sitúa en el umbral de nuestra hora presente. Para los pueblos poco desarrollados, la solución no se halla en la eficacia del automatismo; ni en la onerosa importación de capitales extranjeros —aunque no todas, por cierto, tienen ese signo perverso— ni en la consecución de un desarrollo que sólo beneficia a pequeños sectores; ni en el geométrico incremento del gasto público; ni en la perennidad del régimen de subsidios, sino en la reducción del dinero a su función mediadora y contable; en la dignificación de los bienes y servicios reales que son auténticos satisfactores con valor genuino; en la evaluación de las obras de hombres y gobiernos —no en función de artículos constitucionales o códigos jurídicos o preceptos contables, sino a la luz de su eficiencia, de su productividad si se quiere, para satisfacer, al costo y precio más bajos posibles, la demanda cardinal de las grandes masas, hoy sin capacidad adquisitiva.

Ya no basta, como en la regla áurea de una comunidad parroquial, el “ojo de buen cubero” del empresario de tipo artesano, competidor de los demás y atento sólo a sus utilidades privativas. Como decía Adam Smith siempre que se reunían y conversaban en su época varios capitanes de industria, era seguro que se estaban confabulando contra los consumidores. Hoy, el tema se contempla desde muy alto, desde la atalaya de una planeación íntegra, tan imperfecta aún en nuestros pequeños pueblos, y con el instrumento catastral de las llamadas cuentas nacionales. Claro está que la defectuosa técnica nos provee tan sólo con el espejismo de unos datos deleznable, en rectificación permanente, con tremendas lagunas, y retrasos que los tornan insertibles, ello cuando no sirven, como en ciertos países incipientes, para justificar gestiones gubernamentales o para satisfacer vanidades nacionalistas.

Precisa pues, al parecer, un plan (modelo V) que dé orden de choque a las modernas fuerzas en contraste, y ponga coordinación y eficiencia en la creciente intervención del Estado, cuyo sentido último no es otro sino el de propiciar el auténtico desarrollo socioeconómico de la comunidad entera, apartando obstáculos tradicionales, suavizando la perversidad de los ciclos, coordinando esfuerzos que, en sustancia, individualmente considerados, son loables, pero que en ocasiones pueden ser conflictivos y aun antagónicos.

"La irrupción de los programas nacionales e internacionales —dice Lagunilla— rompe, mal que nos pese, las costuras de la economía de *mercado*". Pero no es sólo el mercado, como ente político y de poder, lo que, instituido en modelo único, resulta insuficiente: También el *Estado*, en una correcta planeación integral, verá mermadas sus proclividades arbitristas. Esencia del plan es su proyección a plazo largo: muy largo, diríamos, refiriéndonos a nuestros países en proceso de desarrollo. "¿Qué es el plan —ha dicho nuestro autor— sino la presencia del futuro *realizable* dentro de los cálculos del presente inmediato?" La meta técnica del próximo futuro será "no sólo igualar ahorro e inversión en el plazo largo, sino equilibrar consumo a corto e inversión a largo plazo, conjuntamente".

"Los que se arriesgan a construir un plan de alta proyección en el futuro, deben saber que comienzan a limitar la acción del *Estado*". Pero también la del *dinero*, que no será, para el futuro, el "poderoso caballero" de la letrilla de Quevedo. Aun en un régimen socialista de tipo evolutivo el dinero del plan queda despojado de sus cortantes aristas, para convertirse en un mero "signo de control": el dinero mide y contabiliza, pero no da origen a ganancia, cuando se contempla desde un punto de vista social. En el precitado modelo desaparecen "el principio de la renta monetaria y su correlativo, el de patrón de rentas" asignado a ese signo cartal, creación del Estado.

Pero si la empresa, el Estado y el Dinero ven reducidas —yo diría más bien reorientadas— sus atribuciones ¿qué nuevo Behemoth se nos presenta en el plan, que no es una fuerza sino una geometría de las fuerzas, no una acción sino un programa de deseos? La empresa, el Estado y el Dinero son valiosos elementos permanentes; pero es necesario dignificar su función social, limpiándolos del inútil lastre de muchos defectos ancestrales que los hacen actualmente inservibles. La empresa, como el sindicato obrero, propenden a formas monopólicas en las cuales naufraga la utilidad social; el Estado bordea constantemente el litoral de la dictadura; el dinero, pensado, en su puro origen como armónico mediador entre intereses contrapuestos, se convierte en elemento desviador entre sectores de la ciudadanía. La empresa, respetable en la Historia, lo será más aún si no confunde sus utilidades con las del pueblo llano, que tanto coopera a incrementarlas; el Estado se hará menos odioso, en la medida en que su gestión sea menos onerosa, más eficiente; el dinero adquirirá más dignidad y prestigio si substra su carácter de precisa unidad de cuenta, y sirve como efectivo lubricante del sistema económico y de su desarrollo.

Sobre la geometría, la idea. El plan, en su trama y en su urdimbre, ha de reflejar realidades pasadas y justificar proyecciones de futuro pero, sobre todo, indicará y dinamizará las correctas formas de acción. Será de ejecución larga y pausada: rígido en lo perdurable, elástico —muy elástico— para responder a los cambios de estructura y de instituciones: no impondrá a las generaciones futuras la carga de pechar con nuestros errores actuales, pero tampoco sacrificará el presente, haciendo recaer sobre las grandes masas de población de nuestros días el costo, elevado y creciente del desarrollo económico, dilatando, hasta el límite de ruptura, el hilo de nuestra esperanza, y amenazando con que, cuando el nivel de vida sea mejor, nos halle muertos.

Así, el plan idóneo, no será un tirano nuevo, sino un telar donde todos trabajan, insumiendo esfuerzo y derivando dividendos sociales correlativos. Y no serán los magos históricos —John Law e Hjalmar Schacht quienes lo hagan— ni tampoco los aprendices de brujo hacedores de planes en cascada, por la que todo quedaría anegado, sin Ararat posible ni para los pacientes pueblos ni para los "modelistas" infatigables; no serán ellos, decimos, quienes resuelvan el problema, sino la comunidad entera, nacional e internacional, a todos cuyos estratos demoesociales haya llegado por ósmosis la "voluntad de progreso", hoy estancada en las superestructuras de los países subdesarrollados.

Quien haya leído las anteriores líneas acaso saque la equivocada impresión de que el autor y el comentarista presagian, como salida de la crisis en las ideas económicas de nuestro tiempo, una solución de catástrofe.

Por lo que al autor respecta, el lector quedará tranquilizado al leer el Libro II de la obra de Lagunilla, dedicado a los *estabilizadores económicos*: es decir, a los medios juiciosos —pasados, presentes y futuros— para salvar, sin iniquidad en las metas ni ligereza en los métodos, los valores eternos de la Cultura Occidental. Ciento ochenta y cinco de las trescientas páginas de la obra se dedican precisamente a salvar cuanto merece ser salvado, a presentar la programación como una alternativa, y a ahorrar para el futuro la reincidencia en errores manifiestos del pasado. En ese recio capítulo, Lagunilla nos transporta, a lo largo de cuatro siglos y medio, desde el ideal del Budeo (Guillaume Budé, quien, además de fino pensador económico fue el fundador del *College de France*) hasta el *pandemonium* de nuestros días. La forma como el autor historia el proceso cíclico, las proteicas transformaciones del Dinero, las fuerzas de contrarresto a las crisis, y los mecanismos de control para juzgar la eficiencia de los sucesivos sistemas, nos dan una medida bien clara de la erudición de Lagunilla, extendida a todas las épocas y sectores de la ciencia y de la experiencia económicas. Pero donde a mi gusto brilla más la originalidad admirable del autor es en los capítulos III y IV de ese segundo libro, dedicados respectivamente a los *bienes* como estabilizadores máximos, y a la exposición de una sagaz y personalísima interpretación de la *tasa natural*.

Con toda claridad advertirán los lectores el inmenso caudal de las lecturas y comentarios de Lagunilla, extendidos al pasado y al presente, a los maestros de la Historia del pensamiento económico, sin olvidar a los olvidados y luminosos escritores del siglo de oro y del iluminismo español. Fuerte era la tentación de incurrir en un desvío: el de documentar cada pasaje con extensas notas en "letra pequeña", que hubiesen duplicado la extensión del libro, y encarecido correlativamente su precio. Por voluntad o sin querer, el autor ha tomado la línea más respetuosa para los buenos entendedores, tal como va hoy lo hacen los mejores tratadistas, cuando traen a colación lo ajeno, pero agregan lo propio, y contribuyen, así, con nuevos peldaños a la escalera jacobina de la cultura.

Me tocó seguir, bastante de cerca, el proceso de creación de esta obra de Lagunilla, e imagino el esfuerzo titánico del autor para evitar digresiones que, desarrollando muchas de sus tesis, muchos de los temas, hubiesen roto, innecesariamente, la unidad sistemática de la concepción. También ha huído Lagunilla del fácil oropel ofrecido por el último libro, o el postrer artículo, cuando su sensibilidad le advertía de que, en un caso o en otro, se trataba de una moda perecedera.

No he tenido yo el acierto de ceñir mis comentarios como el autor sus ideas. Pero la culpa es suya, por haber hecho un libro lleno de juicios bien provocativos. Ni en su caso ni en el mío existe, para quienes nos conocen, una preocupación catequística, biliosa o agorera. El en lo grande, yo en lo menudo, nos hemos esforzado por suscitar la problemática de nuestra crisis contemporánea, en materia de desarrollo económico. ¡Ojalá los lectores opinen lo mismo!

Dr. Manuel Sánchez Savio